



Brújula
Volume 16 • 2023

Comentario

Humanidades (medio)ambientales

Alejandro Ponce de León-Calero*
University of California, Davis

*"[L]a experiencia de la contemporaneidad nos compromete en el presente
– aka pacha – y a su vez contiene en sí misma semillas de futuro
que brotan desde el fondo del pasado"
(Rivera Cusicanqui, 2010. p 57).*

Cierro el volumen 16 de *Brújula: Revista Interdisciplinaria sobre Estudios Latinoamericanos* con un comentario sobre lo "medioambiental" en las artes y humanidades latinoamericanas contemporáneas. En este respondo a la propuesta editorial del volumen, en la que encuentro una invitación a articular un enfoque analítico, metodológico y compositivo que amplifique la especificidad y riqueza de la experiencia latinoamericana dentro de las discusiones de las humanidades

* © Alejandro Ponce de León – Calero 2023. Used with permission.

ambientales — *environmental humanities*.¹ Me guían tres preguntas: ¿Qué significa estar "en medio"? ¿Qué tipo de diferencias activa este lugar de enunciación? ¿Cómo este informa, facilita o activa formas de vivir, hacer y pensar en un presente denso?

Los artículos aquí reunidos tejen bien una serie de líneas de trabajo propias a los estudios culturales contemporáneos. Por un lado, retoman debates actuales en las *environmental humanities*, un diálogo renovador que asume un compromiso crítico con lo más-que-humano en la producción cultural. Por otro lado, establecen relaciones tácticas con una ecología de prácticas y saberes, y con ello buscan promover la inclusión, la transgresión y la colaboración interdisciplinaria. Sin embargo, al mantener el prefijo "medio" del "medioambiental" en el título del volumen —que no es la traducción habitual al español del campo—, los editores han señalado una tercera vía de investigación, pues este prefijo es distintivo de las culturas hispanoamericanas refiriéndose a lo que desborda la figura de lo humano. Los artículos reunidos no son *sobre* experiencias *en* o *de* América Latina. El prefijo señala un encuentro entre las *environmental humanities*, la interdisciplinariedad de los estudios culturales, y la rica historia del pensamiento ambiental que pulula las formas culturales del continente —encuentro que solo recientemente ha comenzado a rastrearse.

En lo que resta de este comentario, exploro el “medio” como apuesta que articula este andamiaje conceptual, y señalo algunas de las posibilidades, aperturas, y modos en que este espacio de encuentro ofrece —como lo demuestra este volumen— productivas rutas de trabajo e investigación. El texto se despliega como una colcha de retazos, el cual entreje ideas e imágenes afectivas. Entender, habitar y practicar las humanidades (medio)ambientales a manera de bordar una sección de una extensa colcha, es una apuesta que iniciamos hace ya algunos años

¹ Para facilitar la presentación del argumento, he optado por usar “*environmental humanities*” cuando hablo de las humanidades ambientales cuyas raíces se encuentran en conversaciones del norte global. A lo largo del texto explico esta diferencia.

junto a Sofía Rosa y Alejo García, y más recientemente con Gisela Heffes —a quienes debo gran parte de los aprendizajes aquí ofrecidos. Entre otras metáforas para describir una conversación interdisciplinaria —como el puente o el paraguas—, la colcha nos ha permitido convocar un universo de prácticas y saberes que hoy se encuentran a partir de su exploración compartida de las relaciones entre lo "humano" y la "naturaleza", y a su vez desdibujan los bordes entre lo vigente y lo emergente, lo transgresor y lo disciplinar, lo local y lo global, el contexto y el caso, el método y el análisis, los objetivos y las intervenciones, etc.

Urdir una colcha implica reutilizar prendas y recurrir a texturas que ya existen —y que en muchos casos son descartadas— para contar historias más amplias, inclusivas y resilientes. Es quedarse en medio de algo en lo que ya estamos inmersos. Por ello, trazar las formas propias al espacio de las humanidades (medio)ambientales no es necesariamente una invitación a hacer algo nuevo, sino una manera de atender a los registros en que se manifiesta la vitalidad del pensamiento sobre el mundo natural que emerge con y desde el territorio latinoamericano, el cual tiene mucho que contribuir a los estudios culturales sobre el mundo natural en distintas latitudes.²

I.

El 18 febrero de 2020, Juane Sala, biólogo argentino e investigador del CONICET, compartió en Twitter —hoy X— un mensaje que ilustra bien el compromiso de cientos de científicos latinoamericanos con la comunicación en y de la ciencia. Escribió:

LLAMADO A LA SOLIDARIDAD #2: amigos comunicadores de información ambiental. NO es necesario que antepongan "medio" antes de "ambiente", puesto que es ABSOLUTAMENTE redundante. Si hablan del

² He querido dejar el prefijo (medio) entre paréntesis como un gesto que hace una pausa, suspende el hábito de lectura y activa las múltiples acepciones propuestas a lo largo del texto.

"medio", hablan del "ambiente" y viceversa. A no ser que se estén refiriendo a la mitad.

El trino de Sala ocurre en un momento histórico donde la desinformación sobre la crisis ambiental planetaria cuenta con más recursos que la producción y circulación de conocimiento científico; donde la educación se politiza y las teorías de conspiración cobran relevancia electoral. En este contexto, la comunicación ambiental eficaz es sentida como urgente entre quienes creemos en un proyecto de bienestar colectivo. No sorprende entonces que, horas después, Irene Wais, profesora de la Universidad de Buenos Aires, respondiese con una aclaración:

Hace más de 40 años que vengo repitiendo esto. El error surgió de una mala traducción en la Cumbre de Estocolmo en 1972. Cuando una secretaria sueca escribió en español un glosario para periodistas se olvidó la coma al ver en el diccionario "environment medio, ambiente".

Wais, graduada de biología en 1978 y nombrada una década más tarde como una de las "Diez Jóvenes Sobresalientes de Argentina", es indudablemente una de las personas más capacitadas para contar la historia de la comunicación ambiental en América Latina —incluyendo sus estrategias narrativas y neologismos. Por tanto, tampoco debe sorprender que, apenas en veinte horas, su trino acumulara más de dos mil "me gusta". Este sería un logro impresionante para cualquier comentario sobre el correcto uso del español; pero su circulación, más que promover claridades, desató grandes polémicas.

La coma ausente de Wais invita a pausar el discurso habitual en la gestión del mundo natural en América Latina — donde el prefijo ya habita conceptos como "pensamiento medioambiental" — para retornar al imperativo sintáctico y del buen habla. Tal vez sin planearlo, sin embargo, Wais también pausa los métodos disciplinares para producir y verificar conocimiento. De manera táctica, utiliza lo anecdótico —como aprendemos en un trino posterior— para construir un argumento: su autoridad se basa en el recuerdo de lo dicho por María Buchinger —ya fallecida—, fundadora de la Academia Argentina de Ciencias del Ambiente,

quien fue su profesora y quien participó en la Primera Cumbre para la Tierra de 1972 en Estocolmo – donde se comete el error original. Así, los usuarios de la red social son invitados a confiar en una historia basada en la memoria; a creer en una ciencia que se fundamenta en principios de autoridad y jerarquía, más allá del sentido común y hábito.³

El asunto es que las discusiones en Twitter son muchas cosas, entre ellas irreverentes. Los trinos de los usuarios inmediatamente cuestionaron la fecha – 1972 – como el origen del error idiomático, y varios señalaron que en América Latina ya existían tratados sobre el "medio ambiente" desde principios del siglo XX. Un ejemplo es el estudio histórico de Aquiles B. Oribe, *Cerrito de la Victoria*, publicado en Montevideo en 1933, el cual lleva por subtítulo "su medio-ambiente político-social durante la Guerra Grande". En este, Oribe ya utilizaba el término "medio ambiente" para referirse tanto a lo social (medio) como a lo natural (ambiente); el cual integra el suelo, la naturaleza, la vida, la raza y las modificaciones impuestas por el avance de la civilización, para atender sincrónicamente todo lo que hace posible la vida humana. Este uso no solo concuerda con una visión muy contemporánea a los entrelazamientos socio-naturales, sino también con la interpretación de la misma palabra, "medio ambiente", empleada en varias ocasiones en el Código Penal argentino, sancionado el 30 de septiembre de 1921.

A modo de respuesta, Wais lanza un segundo argumento contra el supuesto barbarismo: el lenguaje disciplinar. "Para nosotros, los biólogos, ambos términos son sinónimos" y, por ende, colocarlos juntos resulta redundante – nada peor que el exceso. Y continúa:

³ Wais recuerda que la anécdota también se narra en el libro "Elementos de política ambiental" de Ricardo Goñi y Francisco Goin, publicado en 1993. A pesar del valor del trabajo investigativo de Goin, cabe mencionar que el libro fue publicado por la cámara de representantes de Argentina, pues era una respuesta a la Declaración de Río de Janeiro de 1992 y precede a la reforma de la Constitución Nacional de agosto de 1994, la cual introduce normas constitucionales para el Derecho Ambiental.

Decir "medio ambiente" es tautológico, o sea, redundante. Es un pleonismo, desde el punto de vista lingüístico. Sería algo así como hablar de "cultura humana" o de "sustancia química", porque no existen culturas no humanas ni sustancias no químicas.

Como muchas formas propiamente latinoamericanas, la palabra medioambiente tiene un origen incierto, resultado de encuentros y violencias, deseos, aspiraciones, fracturas y olvidos. Como bien sugiere Wais, la palabra "medioambiente" no parece haber tenido un uso preciso hasta bien entrados los años setenta. Sin embargo, como varios usuarios de Twitter también recordaron, según el Diccionario Panhispánico de Español Jurídico, "medio ambiente" no solo es una grafía reconocida en el castellano, sino que la RAE misma recomienda unirla en una sola palabra: "medioambiente". Es híbrida, inconclusa y, al mismo tiempo, expansivamente diferente. No sorprende, entonces, cómo llega a incomodar al lenguaje de la biología; que es, en últimas, una ciencia que ordena la vida.

II.

1. Todo empieza en medio de algo, siendo *diferente*.
2. Nunca hay un ahora sin un antes, o sin el augurio del después.
3. Las semillas no tienen origen, crecen en el medio.
4. El carbono encuentra las moléculas de oxígeno para formar CO₂.
5. Una relación de dos hace el tres.
6. Causa es efecto.

Escribo una lista de medios en medio de un vuelo. Aunque esto sea solo una condición circunstancial, tiene algo poético. El sentido de suspensión ofrecido por el aire comprimido de la cabina del avión convierte al movimiento —no solo del tiempo y espacio— en algo para contemplar desde la ventanilla, como si nada pasara aquí. Las cosas ocurren, se mueven, allá abajo. Los pies cansados rechinan

contra el asfalto. Las olas rompen contra los barquitos, que se ven diminutos desde la distancia. Una ficción que calma las turbulencias.

Maui es lo más lejos que he estado de casa en mi vida.

7. En medio de un mar ajeno.

Atrapado entre la espuma de las nubes y los diminutos brotes de las olas, en el inagotable Pacífico.

Desde el aire, todo se vuelve azul. El agua, con pequeños brotes de minerales y movimiento vital, envuelve, compone y atraviesa este mundo.

Nuestros cuerpos son hidrófilos, recuerda Astrida Neimanis (2017); cuerpos de agua en medio de un mundo acuoso, profundamente imbricados en movimientos que crean y sostienen la vida del planeta.

¿Qué me separa a mí, volando, del río atmosférico que pronto llegará del Pacífico a California por esta misma ruta? Dentro del ciclo hidrológico, el agua no se mueve como una masa coherente — ni escribe incoherentemente —; se diferencia en ritmo, espacio y tiempo de los cuerpos carnosos, como el de quien sostiene este lápiz.

8. Somos cuerpos diferentes en medio de un mar de diferencias.

8.8. Vivimos en tanto somos una producción de diferencia.

8.8.8. Vivir es producir esa diferencia.

8.8.8.8. La vida es una producción de diferencias.

8.8.8.8.8. La vida es diferencia.

8.8.8.8.8.8. Diferente, ¿a qué?

III.

La "diferencia" es una de las nociones con las que se suele definir la amalgama de prácticas que componen a las *environmental humanities*. Lenguajes *diferentes*, pensamientos *diferentes*, prácticas que abren espacio a la *diferencia* en tanto producción incesante de la vida, etc. En tanto conversación interdisciplinar, esta desborda los límites conceptuales de las humanidades y, en contraposición a la

disciplinaria y la superespecialización de las ciencias, entrelaza diversas perspectivas y metodologías para así atender a los desafíos ambientales actuales desde un marco de referencia generoso y compartido.

Una propuesta *medio* novedosa, aunque sus raíces se extienden a varias décadas atrás, las *environmental humanities* han ganado prominencia en los últimos años. Robert Emmett y David Nye (2017) apuntan que las *environmental humanities* surgieron de la intersección de avances simultáneos en la década de los ochenta en campos como la literatura, la filosofía, y la antropología, especialmente en el hemisferio norte. No obstante, fue a mediados de la década del 2010 cuando se observó un incremento notable en el uso de este término, reflejado en publicaciones e investigaciones especializadas. Actualmente, las *environmental humanities* se han empezado a enraizar dentro del sistema universitario a partir de la creación de programas académicos, centros de investigación, la realización de conferencias internacionales y la publicación en revistas especializadas. Al pasar de lo emergente a lo disciplinario, también se ha empezado a convertir en un programa pedagógico que ofrece contenido en humanidades a los programas de pregrado en ciencias e ingeniería —habitualmente presentado como una de las posibilidades de crecimiento ante la "crisis" de las humanidades en el sistema universitario.

En un contexto a menudo marcado por la ambigüedad, esta institucionalización también ha promovido un intercambio enriquecedor de perspectivas planetariamente localizables. El reto que asumen sus practicantes no es el de establecer una nueva metaepistemología, sino de expandir redes y tejer un encuentro pluralista, solidario e inclusivo ante una ecología de diferencias cada vez más vulnerable. El número más reciente de la revista *Environmental Humanities* (15.3) incluye, justamente, un dossier especial sobre la co-creación de narrativas entre humanistas, científicos y comunidades locales. Por su parte, *Tekoporá, Revista Latinoamericana de Humanidades Ambientales y Estudios Territoriales*, ha dedicado dos ediciones recientes al encuentro de perspectivas desde las cuales abrir reflexiones

sobre las variadas prácticas en educación ambiental. Esto sugiere que las *environmental humanities* contemporáneas no buscan definir un nuevo objeto de estudio, sino desarrollar un conjunto de métodos que activen la interdisciplinariedad en tanto enfoque productor de diferencias, desplazamientos estratégicos, y combinación de perspectivas y prácticas de diversos campos humanísticos.

Existe otro tipo de *diferencia* que fundamenta el proyecto de las *environmental humanities*: la experiencia de vivir en un presente desbordado. El célebre libro *The Great Derangement* (2017: 3), de Amitav Ghosh, abre con una pregunta provocativa: ¿quién puede olvidar esos instantes en los cuales lo aparentemente inerte demuestra estar lleno de vida, e incluso ser peligrosamente vital? Como un proyecto académico y estético, las *environmental humanities* emergen en un momento en que la humanidad toma conciencia de las implicaciones materiales de su existencia como una fuerza capaz de aniquilar un planeta vivo. El Antropoceno, tanto como fenómeno y como concepto desde el cual nombrar lo humano como una fuerza geológica, nos insta a revisar de manera crítica las bases del pensamiento moderno que separa a "lo humano" de un mundo "natural". Por un lado, este proceso desdibuja las fronteras y divisiones que perpetúan un habitar ecológicamente insostenible, tales como sujeto/objeto, vivo/no vivo, interior/exterior, etc. Por el otro, este cuestionamiento aviva la poiesis como un quehacer colectivo desde la cual tejer un lenguaje que permita asumir riesgos, imaginar y animarnos en la defensa del bienestar planetario.

Así, más que apostarle a la diferencia desde la novedad, las *environmental humanities* emergen como respuesta y práctica ante un presente que demanda urgentemente alternativas al paradigma de optimización y control que caracteriza nuestra actual relación con el planeta.⁴ Al atender a la producción colaborativa de

⁴ Uso estos dos verbos intentando señalar algo de la esencia de la técnica moderna, la cual el trabajo de Heidegger logra capturar. Un verbo más indicado para esta misma relación, pero al que no encuentro una traducción en castellano, es "warehousing", la gestión del almacenaje de una bodega.

metodologías y prácticas, abonan terrenos que habilitan un tipo de pensamiento que se activa desde la pluralidad de perspectivas, y promueven la producción de metodologías que habiliten formas de enunciar lo planetario desde su complejidad. Este compromiso es fundamental en un momento en que las vías convencionales de "gestión de la naturaleza" demuestran ser insuficientes, incluso contraproducentes, para afrontar los desafíos ecológicos actuales. En este sentido, la apuesta por la diferencia no es un lujo académico, sino una necesidad política para garantizar un futuro en el que todas las formas de vida puedan (co)existir.

IV.

La historia de los trinos de Wais es más que una anécdota sobre el uso del español en el mundo de la ciencia; también es una ventana a través de la cual podemos atender a los entramados políticos que yacen bajo la superficie del discurso contemporáneo sobre lo planetario. La he escuchado decenas de veces en diversas conversaciones con activistas a lo largo de América Latina. Wais no fue la primera en hacer la corrección; esta historia, que ha circulado de boca en boca durante varias décadas en círculos especializados, la supera. También es una invitación a pensar cómo una intervención en el lenguaje puede animar grandes diferencias. *Las diferencias que hacen la diferencia. Y son varias.*

Primero, el error desencadena una teoría sobre cómo se forma el lenguaje especializado, en tanto este depende de los ejes desde los cuales el conocimiento se origina. En tanto error fundador de un espacio de pensamiento específico, la corrección somete el concepto de "lo ambiental" a ser algo hablado primero en inglés y que es directamente importado de Estocolmo. ¿Hablábamos de esto antes de 1972? Efectivamente, la Conferencia de Estocolmo marcó un antes y un después, lo que permite imaginar un mundo unido frente a un cataclismo potencial, atender a "lo ambiental" como un desafío social, y transformar las ciencias en un campo interdisciplinario que reta las fronteras establecidas y se alinea hacia un bien común. Reconocer el prefijo como error implica disciplinarnos

ante una visión que, de cierto modo, asume que los desarrollos especializados son siempre acertados, exportables y deben ser considerados la principal fuente del saber planetario.

La ausencia de una coma como error también habilita un segundo problema: una mala traducción. Uno de los hábitos de pensamiento más recurrentes en los estudios de ciencia y tecnología es la idea de que en América Latina solo consumimos y no producimos conocimiento científico. Esta perspectiva, desmentida una y otra vez, refuerza una división entre productores y consumidores de conocimiento, entre quienes pueden salvarnos y quienes merecen ser salvados. Es una idea que puede resultar simplista, errónea y sin duda peligrosa. En el contexto del cambio climático, las malas traducciones suponen que solo algunos cuerpos hablan correctamente el idioma especializado con el cual "dialogar" con el planeta, oír su testimonio, y que deben ser ellos, los emisarios de la humanidad, quienes tomen el control del vocabulario, ya que es su correcto uso de la semántica lo que nos salvará de la debacle. Es una ciencia que requiere interpretaciones precisas y unificadas: una sola cultura, una sola estética, una visión, y un monolingüismo – pleonasmos, seguramente, en medio de las selvas semánticas de lo planetario.

¿Qué ocurriría si revirtiéramos la dirección del argumento? Si la coma, lejos de ser un error, fuera una propuesta, ¿qué diferencias convocaríamos?

Por un lado, aceptamos la bastardización del concepto. Una exploración a las raíces etimológicas del "medioambiente" revela rápidamente que se compone de palabras que provienen de herencias muy distintas. Aunque existen formas "correctas" de emplearlas, su encuentro nos ofrece un tercer término huérfano, carente de lugar de origen y que, como gran parte de la producción cultural latinoamericana, ha sido alimentada por encuentros inesperados, hábitos, dudas e improvisaciones. Por otra parte, esta unión cimienta un andamiaje específicamente latinoamericano que, desde una ecología de programas e instituciones, habilitan lo "medioambiental". Tanto en Chile como en la República Dominicana, existen

ministerios del medioambiente; en Puebla y Medellín, secretarías del medioambiente; en la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de Manizales ofrecen maestrías en gestión del medioambiente. La lista puede seguir creciendo, pero lo importante aquí es señalar que lo medioambiental hace parte integral del lenguaje legal, institucional y organizativo del Estado latinoamericano.

Paradójicamente, estas dos lecturas se complementan al examinar la implementación de políticas medioambientales en Latinoamérica. A diferencia de sectores como el militar o fiscal, las entidades encargadas de la gestión medioambiental son apéndices recientes –e inesperados– al aparato estatal. Aunque son responsables de desarrollar políticas públicas y de planificar la ejecución de acuerdos internacionales para proteger los recursos naturales –a fin de garantizar otros acuerdos, usualmente fiscales y militares–, estas entidades enfrentan constantes asedios organizacionales, recortes y limitaciones en presupuesto e infraestructura. Tomo como ejemplo el presupuesto estatal de Colombia en 2023: de un total de 405,9 billones de pesos, solo 1,4 billones (0.34%) se destinaron al sector medioambiental, un presupuesto históricamente bajo comparado con otros sectores, pero que el gobierno Duque incluso redujo en un 30% durante sus últimos dos años de mandato. Esta situación no solo refleja una precariedad, sino también un desinterés estatal que, si la omisión de una coma fuese adrede, podría invitar a leer el prefijo "medio" como adverbio, en tanto señala acciones incompletas o inconclusas. De esta forma, lo medioambiental puede entenderse como la enunciación de un espacio marcado tanto por la esperanza como por la ironía, entre el deseo, la irresponsabilidad y las restricciones de lo posible –que incluye errores anticipados y estratégicos.

La ambivalencia del adverbio puede llegar a introducir un elemento de pesimismo al mito progresista y salvacionista que anima las ciencias que atañen la vida planetaria, pero me gustaría señalar que a su vez habilita que el error se convierta en un espacio para la producción de diferencias a la monocultura del

pensamiento moderno. Quisiera girar hacia una práctica que yo llamaré (medio)ambiental, pues hila bien las tensiones propuestas. En conversación con la artista biomedica Ana Laura Cantera, ella señaló que su trabajo de cultivo de micelio surge de una divergencia circunstancial con sus pares en el norte global. Frente a quienes pueden interactuar con "lo biológico" desde el laboratorio, Cantera, que no tenía acceso a espacios esterilizados para sus experimentos, tuvo que desarrollar metodologías y prácticas en su fértil espacio doméstico. Esta disposición al experimento errante facilita en su práctica una serie de exploraciones del error —si entendemos esta noción como el colapso del orden impuesto por el artista— que la invitaron a que sus sentires erraran hacia ecologías mucho más expansivas que lo que el laboratorio pudiese habilitar. Formas de vida inesperada entraban en el proceso, su presencia a su vez animaba bucles de retroalimentación que desfiguraba los contornos que separan la humanidad y los actantes, el medio y el artista. A su vez, estas exploraciones fomentaron ricas reflexiones sobre prácticas para dialogar con un paisaje que trasciende y la involucra de manera distinta a las prácticas del laboratorio. Así, podría ser que el "medio" como adverbio activa un espacio para el sentirpensar —el medio— que proviene de la interrupción, de lo parcialmente logrado, lo incompleto, de lo diferente. Por ello siento que en el medio puede haber una forma de enfrentar el dilema de estar y pensar dentro de un problema planetario, que nos atraviesa, no pudiendo escapar —ni la clase media abordará el Falcon 9 de SpaceX— sino habitándolo en la incertidumbre, permitiéndonos divagar, desviarnos, enredarnos, y errar.

V.

El azul que abraza el avión es tan intenso y profuso que la cámara del celular no logra enfocar ninguna forma. Convierte el mundo en un fondo, y captura solamente las rajaduras de la lámina de una ventana.

Si no fuera porque los vientos mueven el avión y sentimos la turbulencia de un mundo al que retamos, creería que no estoy en ninguna parte. Imagino el miedo de los primeros pilotos que surcaron estos aires, o lo que debieron sentir los pilotos que combatieron en estos aires en la mañana del nueve de diciembre, luego de la descarga del poder imperial sobre Pearl Harbor.

El sofoco al despegar, un vacío sin aire, es un calor incómodo; estar en proximidad y sin aire, sin respirar, o respirando entre todos, participando en una corriente de aire que circula entre todos nuestros pulmones, el vapor de nuestras bocas, el aliento.

¿Cuánta agua tragaremos al respirar?

¿Cuántos cuerpos abrazaremos con cada bocanada?

"Agenciar es eso: estar en el medio, en la línea de encuentro de un mundo interior con un mundo exterior. Estar en el medio" (Deleuze [1977] 1980, 62).

VI.

Estar en medio de un mundo denso, desbordante y vibrátil, seguramente sería lo que sentirían Koch-Grunberg, Cortés o Cabeza de Vaca al errar por un continente que demandaba la suspensión de sus mundos, sus grafías, formas, y sus lenguajes habituales. A diferencia de la plantación, el jardín o la huerta —los espacios botánicos por excelencia del mundo colonial—, la selva, los humedales, los páramos y los bosques requieren hablar del mundo natural no como algo exterior sino como una densidad habitada, siempre como medio de procesos, eventos, formaciones y composiciones; un mundo agitado, turbulento, vivo, que no da tregua.

En medio de un enredo ontológico, también, es desde donde emergen las figuras del antropos americano y de la Naturaleza, dos caras de una misma moneda en el imaginario colonial, que como bien señalan varios de los ensayos aquí reunidos, anima al día de hoy la depredación del tejido de vida en forma de recursos extraíbles. Como proyecto estético, la modernidad puso en movimiento

una importante maquinaria que buscaba desenredar al continente y ponerlo en la linealidad de la Historia —el desarrollo es otra manera de nombrar esta máquina. Sabemos bien cuáles son los legados de este proyecto, y estudios como los que este volumen presenta nos demuestran que son estos desenredos los que hoy plantean un impasse a la vida planetaria.

En el contexto actual, donde es cada vez más urgente hablar de los problemas planetarios que nos atraviesan a todos y que, paradójicamente, se vuelven cada vez más imperceptibles en el debate público, ¿cómo pueden las formas y expresiones culturales que afloran en medio de la naturaleza enmarañada de América Latina contribuir a los lenguajes que activan las humanidades ambientales? ¿De qué manera pueden las humanidades (medio)ambientales, en tanto espacio que se queda con el problema conceptual del medio latinoamericano, ayudarnos a replantear estrategias para combatir el cambio climático? ¿En qué términos se pueden establecer estas alianzas?

Aún hay mucho por decir en torno a la teleología, el salvacionismo y las aspiraciones que impulsan los proyectos lingüísticos de los *environmental humanities*. Al pensar desde América Latina, una primera contribución que me parece importante a esta conversación es la producción de un espacio/tiempo intermedio, un presente que orienta nuestras respuestas políticas ante el cambio climático no desde el lugar de la Historia sino en medio del aquí y el ahora. Este medio latinoamericano cuestiona las nociones de inicio y fin, de orígenes puros y futuros immaculados, habitado por formas de vida barrocas que surgen entre "lo humano" y "lo ambiental". Conceptualmente, el medio activa una densidad de la que provenimos, que defendemos y hacia la cual aspiramos como utopía que orienta nuestros proyectos. Así, la estética que emerge de este "medio" latinoamericano no solo anticipa futuros entramados socioecológicos sino que también se convierte en una manifestación de un pasado que resiste, y un presente resiliente.

En el epígrafe que abre este texto, Silvia Rivera Cusicanqui introduce en una teoría del tiempo que me permite pensar un tiempo medio como un horizonte de posibilidades. "Aka pacha", que puede traducirse como "el presente" o "el tiempo aquí y ahora", rompe con las temporalidades lineales del pensamiento moderno –habilitado en el discurso sobre "lo ambiental", en tanto habrá un fin pronto a menos que depositemos las fuerzas y esperanzas en el futuro. En la cosmovisión aymara, el tiempo se vive de forma cíclica y continua, donde pasado, presente y futuro se entrelazan en un abrazo íntimo. Esta perspectiva me insta a imaginar un proyecto (medio)humanista que no empiece por la salvación del porvenir, sino por asumir el presente como responsabilidad. Este presente, profundamente ligado al pasado y al futuro, no es solo un punto en el tiempo, sino un impulso vital que teje experiencias pasadas con posibilidades futuras. Una práctica que sea responsable ante el presente implica más que simplemente existir; se trata de actuar con un futuro y hacia un pasado que ya se manifiesta vibrante entre nosotros. Es activar prácticas que atiendan al medio como registro de la experiencia común.

Una segunda contribución de las humanidades (medio)ambientales es recordar que el proyecto humanista de las *environmental humanities* no solo se tiene que desenvolver en relación a formas idiomáticas o cánones vigentes, sino que también puede tomar una amplia gama de medios ricos, en expresiones visuales, sensoriales y táctiles, alejados de los constreñimientos de la lengua impresa. Las humanidades (medio)ambientales no surgen de programas en lenguas o literatura, como es el caso de las *environmental humanities* en Estados Unidos y Europa, sino que se activan en medio de preocupaciones estéticas que han circulado durante años en galerías, plazas públicas, programas de arte y diseño en todo América Latina. La cuestión sobre cómo comunicar la urgencia de la crisis planetaria en la región no se centra únicamente en habilitar idiomas, sino también en explorar el medio –como sustantivo– y las mediaciones –como acción– que dan origen a estos discursos. Estas preguntas sobre lo sensible, que se nutren de siglos de

pensamiento amerindio y criollo, se pueden encontrar en el trabajo de José Carlos Mariátegui, Alejo Carpentier y Fernando Ortiz, pero también en el saber popular de los yerbateros de la plaza Samper Mendoza de Bogotá, en el clamor de Máxima Acuña y Francia Márquez, así como en las obras de Ana Mendieta, Yeni y Nan, y Alicia Barney. Incluso, me atrevo a pensar que son estas mismas preocupaciones las que hallan eco en el trabajo actual de Ana Laura Cantero y Gabriela Munguía, artistas que lideran el programa de Humanidades Ambientales en la Universidad Tres de Febrero, el primero en la región.

Para cerrar esta idea, quisiera regresar a las palabras de Wais. Si para los biólogos "ambiente", y "medio" significan lo mismo, ¿qué compromisos e implicaciones prácticas ganamos al subrayar su diferencia? La palabra "ambiente" deriva del latín "ambiens", algo que rodea o abarca, derivado de "ambire", que significa moverse alrededor. En esta noción leo una divagación pasiva, algo que, creo, se ha trasladado inadvertidamente a las *environmental humanities* en tanto suelen tomar, como puntos de partidas, lo contemplativo del *nature writing* o lo crítico del *close reading* literario —del que muy pocas formas se salvan.

Hasta ahora, este abordaje ha abierto un espacio crítico hacia la representación del mundo natural y basado en un optimismo —en gran parte— infundado, pero como campo las *environmental humanities* han carecido de prácticas que generen un cambio tangible, más allá del señalamiento insistente hacia el impasse planetario (Levine 2023, x). Esta situación podría deberse a que, en el norte global, el debate se ha desenvuelto en las aulas, alejado de los espacios donde comunidades vulnerables luchan por su derecho a vivir.

En América Latina, por otro lado, el pensamiento (medio)ambiental siempre ha sido una estrategia de resistencia contra la violencia extractivista, al activar discursos, historias y prácticas específicas dentro de territorios concretos. La palabra "medio", del latín "medius", remite a una raíz que implica mediación y equilibrio. En tanto se despliega dentro de un lenguaje práctico, comprometido con mundos vulnerables, las humanidades (medio)ambientales urge un tipo de

práctica que no ocurra en lo abstracto sino que medie entre la destrucción global y la vitalidad planetaria, que se pregunte críticamente tanto por los medios de comunicación como por los medios de lucha. Esto no es solo un compromiso con la diferencia y las políticas de sus posibilidades, sino que también implica construir otras estrategias éticas para escuchar, sentir, oler, probar, tocar o comer las capas de nuestro mundo en común. Es activar lenguajes y sensibilidades divergentes que, como nos invita Ailton Krenak, ayuden a "admitir a la naturaleza como una multitud de formas, incluyendo cada pedazo de nosotros, que somos parte de todo" (2019, 33).

Coda

He escrito este comentario en un doble rol, que para mí son dos caras de un mismo compromiso. Durante cuatro años he estado vinculado a *Brújula*, primero como editor invitado, luego como editor en jefe, y hasta este año como miembro del comité editorial. Gracias a la visión y claridad de Gustavo Segura y David Tenorio, mis predecesores, *Brújula* logró consolidarse como un espacio que no solo rastrea las conversaciones más relevantes en los estudios culturales latinoamericanos actuales, sino que también plantea agendas de investigación originales en la región. De manera expansiva, *Brújula* es hoy una plataforma que, en cada volumen, logra conectar los problemas urgentes de la academia global con las preocupaciones prácticas emergentes en América Latina. Nuestro editor invitado para el volumen 14, Alejandro Rossi, lo llama "resonancias hemisféricas", una metáfora que desde la sonoridad invita a atender no solo a la melodía, sino también a las armonías, disonancias y tendencias emergentes que circulan, casi como ritmos atmosféricos, por las Américas. Mi segundo rol está relacionado con mi paso por la Universidad de California en Davis, donde he tenido la oportunidad de impulsar el proyecto editorial *Plataforma Latinoamericana de Humanidades Ambientales*. Como co-editor de este colectivo, que de cierta manera se ha convertido en una expedición cartográfica en medio de un campo en

composición, mis colegas y yo hemos promovido espacios de diálogo y discusión para profundizar en cómo, desde las humanidades, abordamos las relaciones entre lo "Humano" y la "Naturaleza" en tiempos de crisis planetaria.⁵

Estas dos caras, que también son prácticas y haceres (medio)ambientales, se nutren una de la otra en su búsqueda por articular conversaciones generativas, a través de las cuales cultivar prácticas de buen vivir, fomentar la resiliencia y construir mundos más justos e inclusivos. Del proceso de *Brújula*, la *Plataforma* aprendió la riqueza de intervenir en conversaciones académicas desde perspectivas que exceden o fracturan los límites disciplinares a partir de la riqueza de la experiencia latinoamericana. En el número 13, sobre estudios de los afectos, incluimos una serie de prácticas que buscaban provocar a nuestros lectores, como la pieza de Camilo Uribe-Botta, "Las orquídeas engañan", la cual explora el concepto de agenciamiento al revisar las historias comerciales de las orquídeas colombianas en el siglo XIX; o el trabajo de Tyanif Rico sobre las ecologías de cuidado que emergen entre campesinos, animales de granja y el café. De la *Plataforma*, *Brújula* he aprendido sobre el quehacer del trabajo colaborativo y colectivo. Durante mi paso por el equipo editorial, este ha crecido de dos a más de doce personas. Muchos autores que han publicado con nosotros han ofrecido generosamente su tiempo como revisores pares, y gracias al incansable esfuerzo de nuestra actual editora María Claudia Huerta Vera, la revista ha tejido una vibrante ecología, compuesta de estudiantes graduados en la región conectados con nuestra propuesta.

De *Brújula* aprendí a creer en el sentido estético, ético y político de las humanidades; y de su comunidad habitar y crecer — con ellos — en el espacio del medio. Por ello, quisiera cerrar este texto agradeciendo infinitamente a todas las personas que han hecho posible estas experiencias y maneras de anidar en el

⁵ La *Plataforma Latinoamericana de Humanidades Ambientales* funciona gracias al trabajo generoso de sus editoras y editores. Varias personas han contribuido a este esfuerzo colectivo, y algunos nombres se me pueden escapar. Sin embargo, este espacio debe mucho al trabajo de Carolina Sánchez, Sofía Rosa, Arturo Cerda, Santiago Eslava B. y Santiago Alarcón T.

mundo académico. Gracias a los editores invitados de este número, Leigh M. Houck y Carlos J. Torres Astocondor, quienes generosamente me abrieron este espacio para conversar con su propuesta, y también al actual equipo de la revista que hicieron posible este volumen. Les deseo un futuro (que es a la vez un presente y un pasado) prometedor y vibrante.⁶

Obras Citadas

Emmett, Robert S., and David E. Nye. *The Environmental Humanities: A Critical Introduction*. MIT Press, 2017.

Deleuze, Gilles. *Diálogos*. Pre-Textos, 1980.

Ghosh, Amitav. *The Great Derangement: Climate Change and the Unthinkable*. University of Chicago Press, 2017.

Krenak, Ailton. *Ideas to Postpone the End of the World*. Anansi International, 2020.

Levine, Caroline. *The Activist Humanist: Form and Method in the Climate Crisis*. Princeton University Press, 2023.

Neimanis, Astrida. *Bodies of Water: Posthuman Feminist Phenomenology*. Bloomsbury Academic, 2017.

Rivera Cusicanqui, Silvia. *Ch'ixinakax Utxiwa. Una Reflexión Sobre Prácticas y Discursos Descolonizadores*. Tinta limón, 2010.

⁶ Agradezco a Lisa Blackmore por sus siempre enriquecedores comentarios, los cuales han nutrido mucho de lo que este texto propone. A María Claudia Huerta Vera por su lectura juiciosa y a Santiago Eslava por enlistarme en su lucha contra el gerundio innecesario. A Ana Laura Cantera y Mariela Yeregui por su escucha compositiva.